

*Con algo de historia*Javier Caballero Chica
Historiador del Arte

Persecución a través del estado

Tras la supuesta resurrección de Jesús los máximos dirigentes cristianos mantuvieron durante unos años la divulgación de las enseñanzas de su maestro siendo aniquilados de forma masiva salvo la excepción de Juan que fue recluido en la isla de Patmos. Los condicionantes no podían ser peores para un movimiento ético - religioso que acababa de nacer. A pesar de tener un espacio geográfico muy amplio su estructura interna se encontraba muy debilitada a consecuencia del escaso reconocimiento institucional al que estaba sometido. Era el momento del estancamiento, evolución o incluso de su desaparición. Existían factores que chocaban frontalmente con la concepción del estado romano. El fuerte componente militarista de los creadores de las invasoras legiones se oponía a la doctrina pacifista y tolerante de la nueva religión. Incluso el propio Jesús había vaticinado esa oposición que posteriormente se encontraría. Era evidente que los valores romanos y cristianos colisionaban frontalmente. Era especialmente significativo para el mundo romano que el principal artífice de la recién creada religión abogase por defender a los más desfavorecidos u orar por sus perseguidores. Lo realmente cierto es que la historia del cristianismo está salpicada con muchos sucesos relacionados con el acorralamiento social y religioso. Podemos considerar diez los momentos en los que ha tenido lugar el acecho al neófito dogma. El primero de ellos tuvo lugar en el año 64 bajo la tutela

del emperador Nerón que descargó toda la responsabilidad del incendio de Roma sobre los cristianos. Murieron muchos bajo la acusación de considerarles unos piróma-

Imperio quedó marcado con el apodo de la Bestia, cuyo significado de 666 no es otro que el de César Nerón, según reza el Apocalipsis cuando menciona que se desencenará una guerra contra los discípulos de Jesús buscando la alianza de Babilonia la grande. La segunda amenaza se realizó bajo el mandato de Trajano. Nos da las pautas del acoso a los cristianos la correspondencia mantenida con Plinio dejando claro que se celebraron juicios contra éstos en Bitinia. Plinio hablaba de ellos como gente tranquila e inofensiva que se reunían los domingos para adorar al "Señor". A pesar de ello Trajano no se fiaba y utilizaba todos los resortes del poder contra ellos nada más que tenía ocasión.

Incluso el afamado Marco Aurelio no resistió la tentación de dar caza a los seguidores de Cristo. Tenía una clara repulsión hacia ellos apoyando una persecución que tuvo lugar en Lyon. Para darle un barniz de legitimación moral contó con el apoyo de Celso que escribió una obra contra los cristianos. Del mismo modo se unieron varios intelectuales buscando la justificación del exterminio con el único argumento de pensar y vivir diferente a los romanos, suponiendo todo ello la tercera embestida institucional promo-

vidada por un emperador denominado eufemísticamente como el "filósofo". Los cristianos tuvieron una pequeña tregua de doce años bajo el mandato de Cómodo (180 - 192). Poco duró la tranquilidad pues en el reinado de Septimio Severo la pertenencia a la religión de los seguidores de Jesús se con-



vidada por un emperador denominado eufemísticamente como el "filósofo". Los cristianos tuvieron una pequeña tregua de doce años bajo el mandato de Cómodo (180 - 192). Poco duró la tranquilidad pues en el reinado de Septimio Severo la pertenencia a la religión de los seguidores de Jesús se con-

virtió en un delito penado por la ley. Al morir éste y durante un cuarto de siglo se puso fin a las hostilidades volviendo otra vez las acometidas en un quinto episodio en el año 235 bajo los designios de Maximino siendo un preludio de la matanza posterior que tendría lugar a través de la poderosa mano de Decio. Para él los cristianos eran un grupo con demasiada importancia social que chocaban frontalmente con los intereses del imperio. Es por ello que la asechanza fue encarnizada aumentando considerablemente el número de mártires. Decio fue mucho más allá de la consideración de chivos expiatorio que Nerón tenía de ellos o que eran miembros de una minoría desdeñable como argumentaba Trajano e incluso de las manifestaciones de Marco Aurelio que les suponía unos seguidores idólatras de un culto nauseabundo y que por ello merecían el ostracismo y la muerte. La extirpación del creciente culto continuó y en el 257 por orden del emperador Valeriano se prohibieron las reuniones de los piadosos devotos y se procedió al arresto de numerosos obispos. A la vista que la aniquilación de la cúpula dirigente no servía para la desaparición del cristianismo Valeriano optó por la ejecución de todos los sacerdotes y laicos de relevancia que no renunciaran a su fe. La nueva disposición estuvo vigente dos años mermando considerablemente las filas cristianas. Posteriormente Galieno decidió derogar todas estas disposiciones devolviendo incluso parte de las propiedades a la Iglesia. Pero éste episodio de tranquilidad duró poco pues en el 303 Diocleciano ordena, a través de la opinión de Galerio, la demolición de las iglesias y la quema de todos los ejemplares donde aparecían recogidas las Sagradas Escrituras dando lugar a lo que sería la octava caza de los cristianos bajo mandato romano. A pesar de la dureza de la medida no obtuvo los resultados apetecidos volviéndose incluso ésta más dura a través de la pena de muerte con un edicto promulgado al año siguiente.

A pesar de la muerte de Diocleciano la persecución continuaría al ser los cristianos considerados como enemigos del reino romano. La intensidad variaría en función de los distintos gobernantes. Una fecha determinante fue el 311 cuando Galerio pro-



mulgó un edicto de tolerancia, obligando incluso al mismísimo Maximino, sanguinario perseguidor de los cristianos a seguir el mismo ejemplo. De la misma forma siguieron el ejemplo Constantino y Licinio proclamando la libertad religiosa absoluta. A pesar de las concesiones imperiales concedidas resurgieron algunos brotes de crueldad y venganza hacia la comunidad cristiana a través de los mandatos del propio Licinio (322 -323) antes de su conversión hacia la libertad convirtiéndose en el noveno atropello sufrido a manos del estado imperial. La décima y última cacería cristiana se produjo con Juliano (361 - 363) a pesar de la proclamación de libertad del 311. En algunas ocasiones se ha considerado una persecución número once tras la cual estaría el emperador Domiciano sin existir constancia de tal aseveración siendo por tanto incorrecta su inclusión dejándola solamente para el plano de la leyenda.

¿Por qué ese empeño contumaz en destruir una comunidad religiosa aparentemente inofensiva? La sociedad más potente del mundo se regía por una serie de normas que conocemos como derecho romano, es tal la magnitud y la importancia de las mismas que han llegado hasta nuestros días.

Pero éste derecho estaba pensado para romanos libres. No debemos olvidar la importancia militar de Roma ese culto hacia el ámbito físico tenía un reverso que era el desprecio hacia todo lo que no estuviese en su mismo camino y pudiera ser considerado como débil y simplemente molesto. Además si añadimos que el cristianismo aglutinaba grandes masas humanas en favor de una idea religiosa, a través de un férreo monoteísmo, se les podía considerar como enemigos potencialmente peligrosos y por tanto sujetos al control y en muchos casos exterminados para suprimir la inminente amenaza. Por supuesto muchas de las ideas cristianas en defensa de los más indefensos, como los esclavos, las mujeres o los indigentes chocaban con el pragmatismo romano de superación y poder que remarcaba por encima de los demás valores la supremacía militar y la supervivencia del más fuerte.

A pesar de todo el cristianismo aguantó las distintas embestidas haciéndose cada vez más invulnerable siendo en muchas ocasiones uno de los ejes básicos de los diferentes estados posteriores una vez que el imperio romano sucumbió agonizando en sus propias debilidades internas. ■